

POR LOS CAMINOS DE EUROPA

CINCO HORAS POR LA D. D. R.

por Ignacio MARTIN-BARO

La DDR es la República Democrática Alemana, es decir, Alemania oriental. Sólo que con los súbditos de W. Ulbricht hay que andarse con cuidado, ya que conceden una importancia excepcional a esto de los nombres. Su coleteo político trae el asunto, claro.

Para llegar a Berlín por tierra, el paso por la DDR es obligado. La primera impresión que recibe el viajero de tren al abandonar Bebra —último pueblo de la Alemania occidental en nuestro recorrido— es de que el aire como que se pone más tenso. La flamante locomotora eléctrica es cambiada por una no tan flamante de vapor, que nos conducirá hasta Berlín.

En Gerstungen se encuentra la aduana. Una estación nueva, toda de color gris metálico, como los uniformes de la policía «popular». Repentinamente, se apagan todas las conversaciones en el tren. Desde los altavoces se nos da una cortés bienvenida a la DDR, y se nos indica que nos está absolutamente prohibido descender del tren. Una legión de funcionarios ascienden al convoy, y empiezan los trámites.

—Su documentación, por favor. ¿A dónde se dirige usted? ¿Para qué? ¿Dónde reside usted habitualmente? ¿Cómo piensa regresar? Qúitese las gafas, por favor.

Es la primera vez que en una aduana —y he pasado muchas— se compara detenidamente mi rostro con el de la fotografía del pasaporte. Me dan ganas de preguntarle al funcionario si me encuentra favorecido, pero opto por callarme.

—Llene este papel, por favor. Son diez marcos.

Tras el primero, un segundo policía. Vuelta a enseñar el pasaporte, vuelta a comparar mi cara con la fotografía. Todavía un tercero repetirá la operación. Todo ello, dentro de la más estricta cortesía alemana.

Entre tanto, un perro policía recorre el tren por debajo, para revisar cualquier posible «contrabando». Parecida operación se realiza sobre el techo. Mientras duran las gestiones burocráticas, otros policías, de uniforme distinto, recorren el tren de arriba a bajo. Al fin, tras una media hora de pausa el tren vuelve a ponerse en marcha. Ya estamos en la DDR. Me acodo a la ventanilla, y me dispongo a retener todo lo que vea.

Lo primero, claro, es el campo. El panorama es prácticamente igual al que acabamos de dejar: bosques bellísimos, buenos sembrados. A pesar de ser castellano, soy lego en la materia. Y a duras penas consigo identificar algunas cosechas que, a mi mirada inexperta, ofrecen un excelente aspecto.

A diferencia del campo, los pueblos presentan un notable contraste: más grises, más viejos, más descuidados. Se ve muy poca gente, todos de mirada esquiva. Fuera de algún campesino que otro, las estaciones están semidesiertas. Cuando el tren se detiene en alguna de ellas, inmediatamente se nos recuerda por los altavoces que nos está absolutamente prohibido descender, y, como confirmación, unos cuantos policías nos rodean. La gente nos mira di-

simuladamente. Nosotros a ellos con todo descaro, y su poquito de abierta cordialidad. Visten un tanto pobremente; desde luego, mucho más que en la Alemania occidental. En las calles, el tráfico es ínfimo: sólo se ven bicicletas, un tipo de moto muy pequeño, algún camión, y pocos, poquísimos coches, casi todos ellos de aspecto destaralado. No hay alegría en el ambiente (o así me parece a mí), ni tampoco la nota multicolor de la propaganda comercial. Pero sí, de vez en cuando, grandes carteles de color rojo y letras blancas: «Los trabajadores de la construcción saben que estar en unión con Rusia es estar con los triunfadores.» «Aprender de la Unión Soviética es aprender a vencer.»

Cinco horas por la DDR. Cinco horas de observación y, por qué no, de suave meditación. Sin prejuicios, ni juicios precipitados. Al fin, llegamos a Griebnitzsee, en la frontera con Berlín. En la estación, grandes pancartas: «Berlín occidental: brutalidad». «USA: asesinato.» Y tres fotografías de los Kennedy y M. Luther King. Hay que volver a sufrir la revisión de los policías. Se vuelve a mirar detenidamente mi cara. El último policía, más cortés, me desea una feliz continuación del viaje. Y yo pienso que me gustaría saber sus anhelos secretos. Tal vez, tal vez, viajan con nuestro tren renqueante hacia el Berlín acordonado, ciudad sin alas.

La muralla queda atrás... estamos en Berlín.

Diario Regional
11, Agosto, 1968